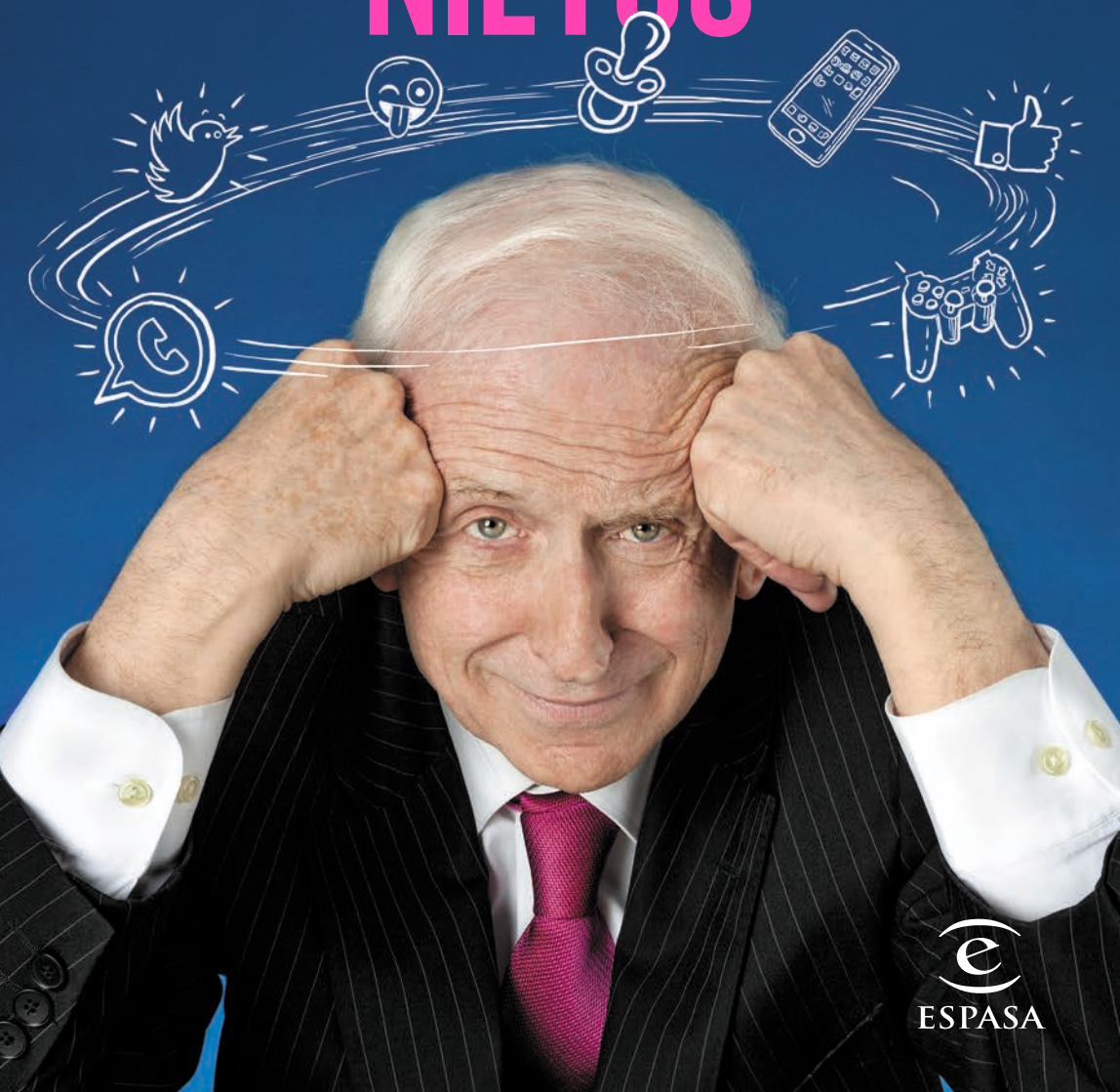
LEOPOLDO ABADÍA

ABUELOS
AL BORDE DE UN ATAQUE DE
NIETOS



ESPASA

Leopoldo Abadía

Abuelos al borde de un ataque de nietos

ESPASA

© Leopoldo Abadía, 2017
© Espasa Libros, S. L. U., 2017

Ilustraciones de los capítulos: Pedro Villa

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 13.418-2017
ISBN: 978-84-670-5006-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Índice

Dedicatoria 11

Los nietos 13

Un abuelo como yo 15
Así es mi vida 17

1. El abuelo se pone en situación 23
Las cosas cambian 23
Las razas 24
Otra cultura 26
Mi aportación 29

2. El papel de los abuelos en la familia… y viceversa 35
Mi mujer y el don de profecía 35
Los detalles 37
Nietos-padres-abuelos 38
No entiendo del todo a mis nietos 40
La cultura general y la tecnología 42
La Unión Europea y el Interrail 44
«Eso no es lo que yo he visto en casa» 45
Las cenas, los desayunos y el control de la majeza 46
La verdad matemática 48

Pasarse o no llegar 49
Disfrutar de los nietos 50
Mis nietos, en el extranjero 52
Llegó el amor 54
La vida 55

3. Cosas que veo en el mundo actual 59
La libertad 59
La responsabilidad social 60
El estudiante eterno 62
Vivir sin dinero y hacer la vida normal 64
Las teorías 65
Por si acaso no le ha «molado» al amigo de mi nieto 66
Tengo nietos de todas las edades 68

4. El cambio 71
Las cosas han cambiado… 73
… Pero no todo es distinto 75
El culto a lo feo 76
Y el culto al cuerpo 79
La misa con guitarras 80
Los móviles 81
Las redes sociales 82
¿Será que estoy sordo? 83
Las cosas han cambiado (otra vez) 85

5. La actitud 89
Estar al día 90
¿Me entienden mis nietos? 91
Un descubrimiento: mi abuelo en Filipinas 94

La reciedumbre 96
Hablar, hablar, hablar 98

6. El mundo profesional del abuelo frente al de los nietos 103
La discreción 103
Los consejeros 104
Matarse a trabajar 109
Ese tío se forra 111
Muchos «muchos» 113
Ese se forra (bis) 116
Ese se forra (y van tres) 116
El tiempo cero no existe 117
Aprender a trabajar 118

7. Cómo sobrevivir al ataque de nietos 123
Exigir respeto a los abuelos mostrando respeto a los nietos 124
Ejercer la libertad 125
Allanar el camino para que los nietos no construyan desde cero 127
Estar disponibles y echar mano de los nietos sin agobiar 128
Ignorar a los nietos para que acudan a nosotros 129
Sumergirnos en las nuevas tecnologías 130
Procuremos no hacer el ridículo 132
Ejemplo para los nietos, en lo personal y en lo profesional 133
No seamos abuelos-canguro por sistema 134
Querer a los nietos porque son nuestra familia 135

8. Cuatro temas sin piedad 139
La vida es un *hashtag* con muchos *followers* 141
Vivir en la normalidad dentro del mundo cambiante 147
El bien y el mal, el criterio y el perdón 150
En tiempos del postureo 153

9. Y cuatro temas más también sin piedad 157
Repensar la sociedad 157
Yo también he tenido un sueño 163
Carpe diem 167
La paz 171

10. Un prólogo cuando no toca 177
El inventario 178
Las «pavas» 178
Los recién nacidos 179
Los colegios de los recién nacidos 182
Los pequeñines crecen 183
La graduación 184
Subiendo 185
La agenda 187
Preocupaciones 188
Hay que cambiar de coche 188
Las comidas 189
La educación 190
No hay horas 192
Sigo con la buena educación 193
Los no tan pequeñines también crecen 194

¿Me estaré volviendo mayor? 197

1
El abuelo se pone en situación

Las cosas cambian

Mi amigo de San Quirico y su amigo me esperan en el bar. Han llegado pronto. No veo que lleven papeles. Eso significa que el desayuno será relajado. Cuando mi amigo trae papeles y apuntes es que el tema va en serio. Me presenta a su amigo. Pedimos bocadillo de jamón, vino y café con leche y Cardhu.

Hablamos de todo. Pensar que el efecto Trump copa la conversación en un desayuno en San Quirico me parece increíble. Cómo deber estar Donald. El amigo de mi amigo no ve las cosas claras y, animado por el Cardhu, me dice que no es muy optimista con el mundo ni con las nuevas generaciones. No le impresiona que le diga que el problema no es qué mundo vamos a dejar a nuestros hijos, sino qué hijos vamos a dejar a nuestro mundo. No le impresiona porque ya me lo ha escuchado anteriormente. Leopoldo, te repites.

Las razas

En el bar entra un negro. El amigo de mi amigo lo toma como ejemplo de globalización. Pero remarca que a sus ochenta años sigue pensando que aquel no es un hombre de color, no. Es un negro. Y este es majo y con buena pinta. Se nos va la conversación a temas importantes respeto a las otras razas, «acostumbramiento» a que en el grupo de nuestros nietos haya chinos —de color amarillo—, indios americanos —de color «piel roja»—, árabes —de color tostado— y subsaharianos —negros como el betún negro—.

Yo hice el cambio mental de las razas hace años. Es más, no creo que llamar negro a un negro sea despectivo. De hecho, en una conferencia, uno del público se levantó para decirme que cuando hablara de los negros dijera «gente de color» para no ofender. Seguidamente, se levantó un negro de entre el público diciendo que él era negro y que a mucha honra y que para nada se sentía ofendido por ello.

Me dice el amigo de mi amigo que él viene de lejos, de cuando los blancos éramos del color que había que tener y los otros eran de colores que admitíamos. Le apostillo, con una sonrisa y con ganas de retirarle el *whisky,* que las cosas han cambiado, gracias a Dios. Nos hemos vuelto menos de pueblo. Le pregunto cómo reaccionarían, él y su mujer, si su hija apareciera en casa con un novio negro. O sea, que en su familia sucediera lo que en la película *Adivina quién viene esta noche,* de hace más de cincuenta años, en la que una chica guapa traía a casa a Sidney Poitier, un chico guapo... negro.

Supone que no pasaría nada, pero que, realmente, tendría que hacer el ejercicio de cambiar la mentalidad. Escucho su respuesta y me la creo. Y le digo que con la cantidad de nietos que yo tengo, en mi familia más pronto que tarde eso ocurrirá. Me dice que yo he dado un paso adelante que él no ha dado todavía. Y añade:

—Si el Sidney Poitier que me traen se casa con una nieta, pienso que cuando les vaya a hablar a mis amigos de él, siempre les diría que es negro, y si se casan y tienen hijos no podré evitar pensar que hemos tenido un «conguito». Al que le querré mucho, pero será un «conguito».

Estamos en esa situación en el mundo occidental. Los mayores —me incluyo en este grupo— todavía no han dado el paso —en este no me incluyo—. Saben que sí, que están atrasados, y hacen esfuerzos para llegar al enfoque correcto. Hay que dar tiempo, le digo al amigo de mi amigo, y no pasa nada si le cuesta. Pero mientras da o no el paso a admitir que la globalización hace que las razas se mezclen en nuestras casas, debe aparentar que el tema le parece normal.

Los tiempos han cambiado, y mucho. También pasé por la fase de pensar que si mi nieta, una chica guapa, se casara con un chino, me exigirá un proceso de digestión que tendría que sobrellevar con buena voluntad. Y cuando uno radiografía el mundo y la sociedad, se da cuenta de que empieza a ser al revés: es la sociedad la que no deja sitio a quien no admite la mezcla de razas. O sea, que si se descuida, el amigo de mi amigo se puede ver marginado o apartado de forma natural sin darse cuenta.

Sin duda, para animarme, una de mis nueras me cuenta que un hijo suyo, nieto mío, por tanto, de siete años, le habla de su

profesor de inglés. Le dice que es un señor alto, con gafas, bigote… Cuando acaba la descripción, mi nuera se da cuenta de que en ningún momento el chaval ha dicho que aquel señor fuera negro.

Me parece una maravilla. Estos críos han dado un paso adelante de mucha importancia. Ese señor se diferencia de los otros profesores en el bigote, la altura…, no en lo que antiguamente se hubiera señalado como principal factor de diferenciación.

Otra cultura

Hasta aquí, el tema del color. Pero hay otro asunto, remarco en este desayuno con cierta vehemencia, mucho más profundo y mucho más importante: la diferencia de culturas. El silencio hace que se oigan los hielos de nuestros vasos.

El camarero lo toma como una señal de que debe ponernos una lagrimita más de Cardhu. Yo hago el gesto de que no quiero más. Mi último chequeo en Pamplona certifica que estoy fenomenal «para la edad que tengo», pero que tengo que moderar ciertas cosas. Una concierne al Cardhu. Mi amigo de San Quirico arquea las cejas como diciendo «allá tú».

Prosigo mientras sus vasos se van llenando. Les cuento que yo tenía un amigo japonés. Iba a decir «muy japonés», pero en esto, o se es o no se es. O sea, pensaba en japonés, traducía lo que veía a su manera de ser, muy distinta de la mía, y, a veces, me desconcertaba con sus preguntas, hechas de un modo absolutamente ingenuo, lo que indicaba que las hacía de buena vo-

luntad, partiendo de unos principios totalmente distintos de los míos.

Un día, mi mujer y yo le llevamos a los toros. Estaba muy interesado. En el primer toro llegó el tercio de banderillas. Estuvo bien, espectacular. Al llegar el tercer par, mi amigo me preguntó:

—Esos palos, ¿están envenenados, verdad?

Cuando le contesté que no, puso cara de sorpresa, pensando, supongo, que él los hubiera envenenado para acabar pronto y sin peligro con el bicho. Cuando digo «él», creo que pensó «en Japón esto lo resolvemos antes».

Y añado que, si se casa mi nieta con una persona de otra cultura, tiene que estar dispuesta a vivir en otra cultura, con cosas mejores y cosas peores que la nuestra. Y lo peor es que a mi mujer y a mí, los abuelos de la niña, alguien nos va a tener que observar constantemente porque, en cuanto nos descuidemos y el japonés, el chino o el senegalés digan algo, normal en su cultura, anormal en la nuestra, pondremos cara rara. Y si a nuestra niña su marido le obliga a llevar burka y a bañarse con burkini, mi mujer, que es muy discreta, quizás se calle, pero yo, que nunca he sido discreto, no sé qué haré.

Con este dejo desconcertado al personal. Y vuelvo al inicio del libro: hay una serie de cosas que para mí son inopinables. Y aquí es donde me doy cuenta de que mi edad es una losa. Este es uno de esos temas de los que tengo que hablar con algún nieto para que me diga qué opina. Porque no tengo clara la postura correcta y quizás un chaval, con su simpleza y poco recorrido, sepa darme una respuesta que no dependa de tantas variables.

Mi amigo se queda callado. Lleva callado gran parte del desayuno. Como si fuera un espectador que viene a ver una peli. Sonríe como diciendo: ganas por KO. El amigo de mi amigo apura su Cardhu. A mí me ha entrado la prisa por volver a casa y preguntarle a alguna de mis nietas qué opina sobre el tema.

Como es hora de pagar la cuenta, viene el camarero. Le conozco desde que era pequeño. Me sorprende. Se ha hecho un tatuaje en los brazos tan completo que con la manga corta de la camiseta parece que lleva un jersey. Como es muy amigo mío, no puedo dejar de preguntarle:

—¿Qué has hecho? —La pregunta siguiente es más retorcida—: ¿Cómo tomaste la decisión de ponerte para siempre manga larga?

La tercera pregunta es peor:

—¿Qué te pasó por dentro para decidir tatuarte de semejante manera?

Sus respuestas son normales: «me gustó, me apetecía, todos lo hacen». Pero lo peor es la cara de displicencia/desprecio/conmiseración que pone él ante mi ignorancia, como si me estuviera diciendo: «Pero tú —estos hablan siempre de tú— ¿de qué vas? Me pongo tatuaje porque sí y si no te gusta, no aplaudas».

Los tres del desayuno nos quedamos algo pensativos. Yo pienso lo de «libertad, libertad, libertad» que tanto me gusta. No aplaudo, claro, porque quiero mirar más allá y pienso que este chico, que está estudiando ADE bilingüe, empezará a trabajar en una empresa. Como es muy espabilado, será directivo

y quizás llegue a ser el CEO. Y en las reuniones con otros CEO se quitará la chaqueta, los demás también y... todos irán con jersey tatuado. Y se harán fotos para salir en *Expansión* y, cuando les nombren el directivo del año, las fotos serán en color y, en el tatuaje, se verá la diferencia entre las partes azules y las partes rosas.

Y pienso que, si a esa reunión asistiera yo, cuando estos mozos se quitasen la chaqueta y se remangasen las mangas de la camisa, les fulminaría con la mirada. Pero inmediatamente me doy cuenta de que es metafísicamente imposible que yo asista a esa reunión, porque, con mi edad, ni me convocarían ni podría aportar nada.

Nos despedimos. El amigo de mi amigo me dice.

—Leopoldo, repitamos.

No sé si es una amenaza. El día sigue soleado, pero hace mucho frío. San Quirico está en su mejor momento.

Mi aportación

Mientras voy paseando a casa pienso en lo intenso del desayuno. Hemos tratado tres temas que para nosotros, que estamos ya por encima de los ochenta, son controvertidos: razas, culturas y tatuajes. Temas que nunca había pensado que me crearían dudas. ¿Se puede opinar firmemente sobre ellos sin que se nos acuse de intolerantes?

Me voy con la imaginación a esa reunión de CEO tatuados, como si me hubieran convocado. He tenido dificultades para prepararla.